

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA SEMANAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

REDACTORES,—LEONIDAS PACHECO Y J. MARCELINO PACHECO.

EDITOR PROPIETARIO,—JOSÉ ANTONIO SOTO.

PRECIO DE SUSCRICION

En Costa Rica..... \$ 1-50
En el extranjero..... „ 2-00
Número suelto..... „ 0-25

Año II.—Tomo II.—Número 3°

San José, 15 de setiembre de 1888.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

CALLE DE LA MERCED, N° 3, NORTE.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Costa Rica Ilustrada se publica todas las semanas.

La suscripción es por trimestre adelantado.

Apartado en el Correo, número 93.



UNA TEMPESTAD.

GRABADO DE J. A. SOTO.

SUMARIO.

La Patria Centroamericana, por J. M. Pacheco.—Memoria Histórica, por Francisco M. Iglesias.—A la juventud, por Pío Viquez.—Un aniversario, por Enrique Guzmán.—En el Centenario de Bolívar, por Rafael Machado. Grabados.—Una tempestad.—Auber. Anuncios.

LA PATRIA CENTROAMERICANA.

UNA de las concepciones grandiosas que nos dejó la antigüedad es la *República* de Platón.

Encerrado este filósofo en sí mismo, evocando sus recuerdos relativos á todas las ciencias y artes conocidas en su tiempo, estableciendo entre sus conocimientos el hilo de Adriadna de la generalización filosófica, concibe una ciudad modelo, le da un gobierno idealmente correcto, la dota de ciudadanos con tendencias en armonía con sus principios, deslinda las atribuciones de cada uno, dispone matemáticamente la función de cada órgano, de cada músculo, de cada nervio del gigantesco cuerpo, y este monumento de la especulación humana, conocido por la *República* de Platón, seduce aun hoy todavía y es materia que excita á los hombres pensadores.

La ciencia de la política, á pesar de contar entre sus colaboradores á tipos como Phoción, como Marco Aurelio, como César, Pedro el Grande, Cronwell, Luis XIV, Bismarck, acaso no haya dicho nada desde entonces hasta ahora, que no esté contenido en una ú otra forma en la obra maravillosa del filósofo griego. Cuanto la humanidad ha conocido de más egoísta y de más elevado, de más impracticable y de más práctico, de más cínico y de más generoso, todo está allí. La experiencia fría, el cálculo matemático, la concepción de la inferioridad eterna y fatal de los hombres peor dotados con respecto á los mejor dotados; la heredación de las tendencias, la variabilidad de los caracteres que determina las distinciones radicales de los oficios, la necesidad de la sujeción á ciertas reglas inamovibles, la higiene pública y privada, las fiestas, la alimentación, las viviendas, las creencias, todo cuanto puede proceder del cuerpo y del espíritu humano en su desarrollo progresivo, está allí previsto, regulado, estudiado y cortado con arreglo á un modelo que la ciencia moderna aun todavía estudia con ahinco.

Lo irrealizable de este gigantesco proyecto es únicamente la reunión de la fuerza que sería necesaria para llevarlo á cabo, es decir, para imponer las reformas hostiles á la voluntad individual que conforta tan vasta armazón. Pero, teóricamente, el Arquitecto no sólo no ha faltado á ninguna de las reglas que debía haber tenido en cuenta, sino que la masa de conocimientos, de experiencia y de filosofía que revela su trabajo, es la más colosal que haya logrado reunir hombre alguno en situaciones similares.

Si abandonando el estudio de la concepción platoniana como producto científico, entramos en el fondo de la cuestión que el autor ha planteado en realidad, podemos preguntar sin temor de ser tachados de visionarios ¿porqué no podría fundarse una República con arreglo al plano de ese Arquitecto audaz, que en el fondo no es sino el conocimiento de todo lo necesario para convertirla en una obra perfecta? Quitemos del proyecto de Platón cuanto pueda ser discutible, y todavía nos quedará este gran pensamiento: formar una nación como se hace un edificio, es decir, subordinando su formación á los principios de la ciencia y aprovechando los conocimientos múltiples que para cada caso nos haya proporcionado la experiencia.

Se alegrará tal vez que la concepción del filósofo griego sólo podría ser realizada por un Ser que tuviera poderes soberanos; lo alto de sus miras y la audacia indecible de sus vistas convierte toda su fábrica en una idealización puramente espe-

culativa. Pero queda el indicio, la huella, el camino señalado, la *sugestión* de que en alguna época, un hombre ó un grupo de hombres superiores podría levantar una nación modelo, apoyándose en la idea general que ha presidido á la concepción del plano sublime.

Las consideraciones apuntadas nos han sido sugeridas por el hecho notable con que hoy se celebra el LXVII aniversario de nuestra independencia nacional: la reunión, en esta ciudad, de la Dieta Centroamericana. Se trata, pues, de arraigar formas absolutas y permanentes que garanticen la estabilidad de la vida institucional; se trata de dar corazón, arterias y sangre á ese ideal que se llama Centro América unida, sueño hermoso de nuestros más distinguidos hombres públicos.

Los países del Centro de América no deben ni pueden formar siempre una triste excepción. No creemos que este suelo, tan rico en elementos y en inteligencias, esté como el Héctor de Homero, *condenado á tristísimos destinos*. Debemos, pues, como el caminante que lo abruman los estropiezos de la jornada, pero que lo alienta la fe en su término, resignarnos á los penosos obstáculos que nos opone, y fijar la mirada, llenos de esperanza, en un porvenir mejor que es el término del viaje.

La unión de estas cinco Repúblicas es asunto que desde hace algún tiempo se presenta con todos los caracteres de un apremiante problema; sin embargo, á su resolución definitiva se han opuesto grandes dificultades. Y lo cierto es que las visiones y delirios de los que no estudian á los pueblos para saber qué ideas son de aplicación oportuna á determinadas muchedumbres, que las impacencias que no se avienen á la marcha reflexiva, que es la única que conduce al *desideratum*, son, en este asunto, males de más nociva influencia que las avideces mezquinas y la falta de virilidad y noble entereza á que suelen exclusivamente atribuirse las enfermedades sociales que dieron por resultado nuestro fraccionamiento.

El hecho triste de no haber existido un espíritu, un criterio, un simple y aislado propósito común que merezca el nombre de centroamericano, es prueba evidente de la indisciplina propia de nuestra raza. En estrofas de magnífico lirismo ó en una prosa que mucho se acerca á aquellas, es en donde podemos encontrar hasta ahora la idea de la unidad de nuestros pueblos, y no es raro que quien como poeta la cantó con acento apasionado, como hombre de Estado le vuelva las espaldas al ídolo, una vez que la ambición pedestre del político pesa más que el entusiasmo arrebatador del artista. Lo infructuoso de los esfuerzos hechos acaso tenga su origen en que la tal idea ha sido imaginada y sentida más que pensada, y de aquí la indiferencia y la falta de apoyo general para los planes muy entusiastas y por lo mismo muy apresurados todos con que se ha querido reconstruir la patria centroamericana. Se ha olvidado que las masas de hombres no se unen con ideas sino con intereses, que las naciones no se improvisan, que una nación no se fabrica en el gabinete de un filósofo ó de un estadista, como un organismo no se forma en el laboratorio de un químico ni de un biólogo, que el espíritu nacional no se sustituye con declamaciones ni con odas, que la nacionalidad es un fenómeno, no es una convención.

La política es una ciencia: y preciso es convenir en que ello no se ha considerado lo bastante. La política es una ciencia que consiste en colocar un ideal en la realidad. No basta el entusiasmo más sincero, la devoción más heroica por el ideal para que el resultado sea satisfactorio. No basta, en el asunto que nos ocupa, que haya espíritus que estén dispuestos á sacrificarse por la unión de estos países, para que tal idea aliente y se realice. La falta de método científico, la indisciplina de los que aman los grandes principios sociales, pero que no saben servirlos, la carencia de calma superior en las crisis decisivas, han sido causa de que no lleguen á conciliarse y á entenderse los pueblos de la América Cen-

Hoy, acaso por pri... yos y a... turdimientos de...

pecta virilidad. Queremos dejar de ser una simple expresión geográfica, y al levantarse en el horizonte el sol del 15 de setiembre de 1888, la Dieta Centroamericana será declaración viva de que esta sección del globo es antes que todo una raza, con carácter y con ministerio propio, que anhela vivir autónomamente, espaciarse glorioso nombre por el mundo y desempeñar sin desenlace calamitoso y grotesco, su papel histórico.

Todas las naciones tienen sus épocas de dolorosos ensayos, y sus días de amargas pruebas. Hasta la Gran República Norteamericana, en los primeros años de su independencia, tuvo visicitudes desgraciadas que parecía debían precipitarla en el abismo de una completa desorganización. Nada extraño es, pues, que en Centro América, último limbo de la dominación de tres siglos de la Metrópoli Española, que en Centro América, con nuestro carácter apasionado y poco reflexivo, con nuestra falta de elementos, casi olvidados de nuestros grandes intereses sociales, hayamos tenido, en más de medio siglo, abundante cosecha de infortunios y deshonras. Por fortuna estamos en una época de rectificación. Rectifiquemos.

Hemos fluctuado entre los extremos del despotismo y de la anarquía. Hora es de que hagamos alto en nuestra peregrinación política, reflexionemos y nos demos cuenta de nuestra propia situación, de nuestras apremiantes necesidades y de nuestras aspiraciones legítimas, para tener conciencia de lo que debemos proponernos, y de lo que debemos hacer para que el orden reine en nuestra sociedad, para que tengamos respetabilidad en el interior y en el exterior, para que acrecentemos nuestra riqueza pública, para que las luces del siglo se difundan entre nosotros, para llegar á ser poseedores de una fórmula que, en síntesis, represente un conjunto de principios, de propósitos y de aspiraciones que se afirmen en un juicio exacto sobre nuestros antecedentes y modo de ser actual, y que á la vez tengan siempre, como fin primordial, el mayor orden posible, el mayor progreso posible y la mayor aproximación posible al ideal de la verdadera República, basada en el trabajo y en la educación de todos los ciudadanos, y en el cumplimiento de las más amplias y efectivas libertades.

J. M. Pacheco.

MEMORIA HISTÓRICA

(DEDICADA Á LA JUVENTUD DE COSTA RICA).

15 DE SETIEMBRE.

I.



EN los albores del Siglo XIX brillaron para las colonias españolas del Nuevo Continente los priores destellos, sino de emancipación, al menos de mayor libertad y de reformas; movimientos precursores ambos de nuestras nuevas nacionalidades.

La madre patria, la hidalga y heroica España, sentía ya bullir en su seno, en gestación poderosa, los gérmenes fecundos de la Revolución Francesa, para los cuales eran debilísimas barreras los Pirineos y el Océano.

Lucha gigantesca aquella, entre las centurias pasadas con la presente; entre el derecho llamado erróneamente divino de los reyes, y entre el verdaderamente divino de los pueblos; entre las caparrosas instituciones hijas en parte de la Edad Media, corrupciones del derecho romano, desfigurado á su vez por las conquistas de los bárbaros, y los principios evangélicos conculcados, que consagraban y consagran evidentemente, la libertad, la dignidad y la igualdad humanas; entre los terrores de la

conquista, de la autocracia y del absolutismo religioso y político, y los irresistibles anhelos de progreso y libre gobierno de los pueblos; lucha en fin, entre la luz y las tinieblas, entre el infierno de la esclavitud y de la degradación del hombre, con el Eden de su rehabilitación y del goce de sus legítimas aspiraciones.

Inoportuno sería en esta ocasión, y estrecho el círculo de esta reseña para desarrollar la inmensa, innegable y decisiva influencia que la Revolución Francesa ejerció en los destinos de España, y por consiguiente en las de las que entonces eran sus colonias en el hemisferio americano.

En la céntuple lucha, que en aquella época España sostenía contra las ideas revolucionarias, las innovaciones, las influencias é intrigas de afuera; y después, contra la invasión del entouces llamado en la Península y sus dependencias (por glorioso que su nombre fuese), el traidor y detestable aventurero Bonaparte, seguida por la no menos heroica lucha en defensa de sus conquistadas libertades, contra el antes deseado, pero después detestable monarca Fernando VII: en época tan agitada, y rodeado el gobierno español de tan difíciles y críticas circunstancias, comprendió, no sólo lo errado de su política colonial, sino también temió seriamente por la pérdida de sus extensas y ricas colonias americanas.

Muchos fueron las acertadas y benéficas medidas que bajo tales influencias dictó la Metrópoli para el bien y progreso de estos países: medidas que aunque tardías para quien las dictaba, ejercieron grande influencia en mejorarlos, é infundieron otro espíritu en sus habitantes.

Costa Rica, la olvidada y *paupérrima* Provincia, como gráficamente la llamaban los distinguidos y beneméritos gobernadores españoles don Tomás de Acosta y don Juan de Dios de Ayala, en sus numerosos cursos recavando auxilios, apoyo y mejoras para esta que tuvieron como su verdadera patria, gobernándola sabia y morigeradamente, debió á estos dos hombres benéficos á principios de este siglo, gran suma de tranquilidad y bienestar. Ambos murieron en Cartago —colmados de bendiciones y llorados por el buen pueblo costarricense, que tuvo en ellos más que gobernantes, padres y protectores. El primero ciego, y retirado del servicio con el honorífico grado de Brigadier de los Reales Ejércitos, vivió hasta cerca de los días de nuestra independencia; y el segundo falleció poco tiempo antes, ó sea á principios del año 1819.—Mentores y moderadores de estos pueblos, no hay que extrañar que tanto contribuyesen á mantenerlos tranquilos en medio de las borrascas de época tan agitada.

Gran diferencia existía al principiar esta centuria, entre la provincia que gobernaron Soler, Fernández de Bovadilla, Perrié, y Vázquez y Telles, y la que después vinieron á gobernar los mencionados Acosta y Ayala. A las antiguas disensiones entre la especie de oligarquía que dominaba en Cartago, y los gobernadores: entre las desavencias de estos con el clero: entre el casi total marasmo en que había caído la colonia, á causa entre otras, del abandono de sus productivos y extensos plantíos de cacao en Matina; disminución, ó mejor dicho, cesación de su comercio, y de los continuos amagos de moscos y de ingleses; y la tranquilidad, armonía y bienestar que reinaban bajo el gobierno de los últimos mencionados gobernadores, existían notabilísimas diferencias.

Más el impulso mayor, el impulso más poderoso, demasiado poderoso entonces quizá, que la madre patria y sus colonias recibieron, fué debido á la Regencia y á las inmortalas Cortes Gaditanas. En aquella augusta Asamblea, ante aquella Regencia liberal, hizo oír muchas veces su voz elocuente y patriótica el Benemérito costarricense Presbítero don Florencio del Castillo, abogando por los intereses de su patria. En aquel memorable Congreso se confundieron en uno los españoles peninsulares y los americanos; un mismo espíritu los animaba: el espíritu regenerador de progreso y libertad. Del seno de aquel Areópago surgieron mil benéficas medidas dictadas todas por el más ascendido patriotismo, y por el deseo de su común rehabilitación.

Estos países, en cuenta nuestra despoblada y mísera Costa Rica, se vieron de repente elevados del humilde estado de colonias al rango de entidades representativas. Entonces fué cuando entre otras gracias y beneficios logro Costa Rica libertad de comercio con la habilitación de sus puertos de Puntarenas y Moín; cuando San José obtuvo el título de ciudad, y Heredia y Alajuela el de villas. Entonces fué cuando nuestro pueblo por primera vez convocado, usó de la preciosa y desconocida prerrogativa electoral, y cuando cada lugar importante vió levantarse en su seno la Representación Municipal, signo de propia vitalidad.

Ya habían caído algún tiempo antes, la venalidad de los cargos y empleos consejiles y judiciales obtenidos hasta entonces en subasta y á perpetuidad; ya habían desaparecido los tributos; ya se habían removido muchas trabas del comercio y de la industria, abriéndose así á estas colonias las puertas para el progreso y desarrollo á que se oponían los abusos del poder y las restricciones de la legislación colonial.

A la sombra de tales auspicios, y respirando influencias tan saludables, el pueblo docil, moral, industrioso y morigerado de Costa Rica, se fué preparando insensible, y aun pudiera decirse inconcientemente para la grande evolución social que se acercaba, no tanto por sus ardientes aspiraciones á la emancipación política; pues sea dicho de paso, esta provincia fué fidelísima á España, hasta el año y mes mismos de su independenciamiento, sino para aprovechar de la nueva vida de progreso en que entraba, y ensanchar su libre actividad en los nuevos horizontes que se les presentaban.

Circunstancias especiales favorecieron entonces á este país privilegiado; y ese mismo aislamiento en que había pasado siglos, vino á contribuir en mucho á preservarlo del contagio revolucionario. Cuando el fuego de la insurrección ardía y se propagaba violenta y rápidamente en las demás colonias: cuando en sus fronteras resonaban los gritos de guerra y anarquía, Costa Rica se conservaba en envidiable paz, y era temerosa, sino enteramente tranquila espectadora, de los grandes sucesos que tanto en Europa, como en este continente se desarrollaban.

Las conspiraciones sofocadas en Guatemala en los años de 1812 y 1814, seguidas de los sangrientos episodios del Salvador y de los anárquicos movimientos en Nicaragua, no sólo fueron deplorados por el pueblo costarricense, sino que en aquellas críticas circunstancias fué fiel auxiliar para el restablecimiento de la paz en las provincias hermanas, adonde marcharon doscientos de sus mejores hijos dispuestos á derramar su sangre en defensa del orden profundamente conturbado. Esta pequeña falange, fué admirada por su valor y disciplina, y por doquier dejó la más honrosa huella, siendo presentada entonces, y muchos años después, como modelo y ejemplo de todas las virtudes militares.

Así fué como, mientras que en otras partes, y principalmente en las hermanas Provincias, se anticipaban los sucesos obrando fuera de sazón, ó precipitando imprudentemente los acontecimientos; y mientras que allende nuestras fronteras los hombres y los pueblos inexpertos se lanzaban á la lid de un modo ciego y sin los necesarios elementos, cubriéndose de sangre y ocasionando turbulencias y desastres, los costarricenses atentos á tan pavoroso espectáculo se preparaban prudentemente y templaban su ánimo en calmosa expectativa de los acontecimientos.

Estos se precipitaban con rapidez, y mientras que aquí se incubaban las generosas ideas de paz y progreso bajo la égida de la poderosa nación española libre ya del absolutismo y regenerada, dos sucesos de orden interior, y destinados ambos á ejercer un decisivo influjo en los destinos del país, vinieron á concentrar las ideas de nuestros padres, alejándolos del vértigo revolucionario.

El cultivo del café comenzaba á propagarse, aunque en pequeña escala; y el Monte del Aguacate, el antiguo *Torroto*, revelaba sus grandes riquezas minerales. Este último aconte-

cimiento absorbió sobre todo la atención de los costarricenses en los tres años que precedieron á nuestra feliz emancipación. Esta no fué conquistada, no fué tan calurosamente anhelada como en otros pueblos; tal es la verdad histórica: fué pura y simplemente aceptada con general beneplácito, como se aceptan hechos consumados y acontecimientos naturales y necesarios.— Cambió tan sólo entre nosotros por de pronto, el nombre de algunas cosas, y si el último Gobernador español que fungía como interino, y que había residido muchos años en Costa Rica, no hubiera sido intransigente y reacio, y hubiese querido adherirse al movimiento prestando jurada y sincera adquecencia al nuevo orden político, es muy probable que hubiera quedado fungiendo como Presidente ó Vocal de la Asamblea de Legados de todos los pueblos, convocada por el M. N. y M. L. Ayuntamiento de Cartago, presidido por don Santiago Bonilla, cuya Junta asumió el poder público en aquellas circunstancias, y mientras se dió el Estatuto conforme al cual se instaló la primer Junta Gubernativa: tales eran las tolerantes virtudes de nuestros padres; y tales son las transiciones que se operan sin violencias, sin precoces esfuerzos, sin estériles agitaciones y con calma y oportunidad.

Dichosa nuestra patria que pudo sin deplorables y sangrientas convulsiones, y sin los espantosos accesos de la fiebre revolucionaria entrar en posesión del inapreciable bien de su libertad, y emprender con acierto y circunspección el escabroso camino del gobierno propio, cuando se emprende como ella lo hacía, inexperta, medrosa y entregada á sus propios instintos salvadores.

Antes de terminar esta rápida ojeada retrospectiva sobre los veinte años que precedieron á nuestra independenciamiento, séame permitido rendir un justo y bien merecido tributo de admiración á nuestros padres Beneméritos: á aquellos sencillos, sensatos y admirables patriotas: á aquellos patriarcas ejemplares de nuestra entonces patriarcal Costa Rica. Si es cierto el axioma que dice que el hombre forma las situaciones, las dirige y las domina; en aquella época y circunstancias, esta verdad fué palpable en nuestra patria. En todos los actos de nuestros preclaros predecesores dominaba prudente expectativa, circunspección, probidad acendrada y todas aquellas virtudes cívicas esenciales para salvar una crítica situación, y para fundar un orden de cosas estable basado en la justicia, fuente inagotable y eterna de la genuina libertad y del derecho.

Saludemos entusiastas é inclinemos respetuosos nuestras frentes ante los venerandos nombres de Mora, Lombardo, Peraltas, Rodríguez, Bonilla, Oreamuno, Ramírez, Gallegos, Barroeta, Osejo, Escalantes, Calvo, Pinto, Aguilar y Presbíteros Alvarado, Carrillo, Madríz, del Castillo, Alfaro, Castros, y cien otros cuyos hechos no debieran borrarse de nuestros patrios recuerdos, entre los cuales la propia modestia no puede hacerme incurrir en la injusticia de olvidar al autor de mis días, el elocuente y enardecido patriota Joaquín de Iglesias, alma que fué junto con el egregio José Santos Lombardo, de la primer Junta Gubernativa, del Muy Noble y Muy Leal Ayuntamiento de Cartago y de todos los Consejos y Asambleas, y á cuya experta pluma se deben muchos de los más notables documentos de aquella época memorable. Bendigamos, pues, la memoria de nuestros ínclitos predecesores, imitemos sus públicas virtudes, y que el ejemplo de su patriótico civismo no sea un legado inútil, una enseñanza muerta, ni una lección relegada al olvido.

Fueron nuestros padres los fundadores de esta República y de las patrias libertades: los Mentores de nuestra infancia política; y los Ediles y Censores de nuestra madurez nacionalidad. Tan gloriosos títulos merecen que cada costarricense les consagre una ara y un altar, en donde se les rinda perpétuo culto, no de estéril y vana admiración, sino de ascendrado amor á la independenciamiento y libertad que nos legaron; y en donde se les consagre igualmente el inquebrantable propósito de conservarlas incólumes contra los avances y contra los abusos del poder

autoritario bajo cualquier pretexto, ó hipócrita forma que se encubran. En esas aras y en esos altares, debe ante todo jurarse anatema y viril resistencia contra ominosas Dictaduras, monstruoso engendro de la anarquía ó de híbridas ambiciones, lepra política, asoladora plaga social, oprobioso estigma de esclavitud, muerte moral del hombre y negro sudario con que bajan convulsas á sepultarse en el tenebroso Bártro del Despotismo, las glorias, los timbres históricos, el honor, las libertades; y á veces aún, la existencia misma de las naciones.

FRANCISCO M. IGLESIAS.

A la Juventud.

I.

¿Cuándo será que en redentora lucha
De la desidia el yugo sacudamos. . . . !
No os avergüenza, Juventud, que aun duerma
El porvenir en sombras enlutado ?

Esa altanera sangre que sacude
Vuestras arterias inflamadas, cuándo
Será que en brazo vigoroso irrite
La espada del rencor contra el pasado ?

Cuándo será que á su ímpetu se rompan
Los ídolos de ayer, y el que encorvado
La frente mancilló, la vil costumbre
Deje aplastada en el revuelto campo ?

Mas, á qué proferir voces amargas
De despecho y dolor ! Toca á su ocaso
El hábito cobarde, y ya se enciende
La estrella del honor mil veces santo .

Ya palidece la medrosa infancia:
Los cándidos delirios van pasando.
Arde la juventud en cada pecho
Y con vigor inicia su reinado .

A su violento choque cede el muro
Contrario á nuestro bien: hecho pedazos
Ya rueda por el suelo, y descubiertos
Deja y en miedo horrible á sus soldados .

Altiva Juventud !, noble esperanza
De la patria de Mora, el más preclaro
De los caudillos que el pendón glorioso
De nuestra independencia levantaron ;

Pues quebrantado está de la ignorancia
El baluarte orgulloso, y abre paso
La luz resplandeciente que le trae
La buena nueva al pensamiento esclavo,

Tregua no deis al perseguido monstruo:
Al anatema que fulmine el labio,
De vuestra hoja redoblad el golpe,
Y haced más hondos los profundos tajos .

¡ Oh briosa juventud ! estáis llamada
A guiar el porvenir: destinos altos
Os guarda la fortuna: el viejo Atleta
El campo deja apenas explorado .

El luchador de ayer rendido cae,
Mas de ese luchador á quien los años
Alejan de la liza, por la huella
Es un deber que sigan los hidalgos .

Honor debéis al que valiente y fiero,
Rotas las venas ya, sucumbe al cabo:
Que vuestro ejemplo sea en el combate,
Y la sagrada deuda habréis pagado .

Avanza, pues, oh Juventud, y nada
Alcance nunca á detener el paso:
El pecho os quemem implacables iras,
Y de victoria al cielo trepe el canto .

Mas, si indolente descuidáis la brecha,
¡ Ay infelice truene Dios airado ,
Y que el látigo os cruce las espaldas,
Y vuestro honor degüellen los tiranos !

II.

Trabajad y aprended ; y aquellas gotas
Que en la frente luzcáis, sean el casco
Que os proteja en la lid, y el arma aguda,
De la conciencia iluminada el rayo .

Quién salva todavía á Grecia y Roma ?
Quién de las corvas garras del pasado
Las libra, y por encima de los siglos
Las arroja al presente entre relámpagos ?

Quién, sino el arte y la severa ciencia
Que sus ilustres hijos cultivaron,
Y la virtud que en venturosos días
En cada surco fecundaba el grano ?

La Juventud espléndida es la vida:
Crezca en sus hombros, pues, la patria, y cuando
El tiempo destructor lo arrase todo,
Aun de sus glorias brillarán los rayos .

Mas, de prisa marchad ; como la llama
Corred el bosque espeso aniquilando,
Y roja lengua por do quier siniestra
Al salvaje animal le ponga espanto .

Es triste mengua que la necia incuria
Aplace siempre el porvenir anciado .
Esperar en la calma eso es consuelo
Que sólo los cobardes inventaron !

El paso aligerad, que la enemiga
Hueste ya tiembla, y á la fuga acaso
Cobarde se apercibe ¡ Que no escape,
Que la inicua perezca á vuestras manos !

Venganza, sí ; venganza clamó al cielo
La derramada sangre del hermano .
Pues ¡ venganza ! clamemos contra el buitro
Que nuestro corazón ha devorado .

Levanta Prometeo ! el insaciable
Buitro sucumbe al fin : el pérfido hado
Lo traiciona y lo hiere y encadena
De tu martirio mismo en el peñasco .

III.

Amáis la gloria y el honor ? la fama
Os llena con su trompa de entusiasmo ?
Escudo, pues, vuestro decoro sea,
Y victoriosos ceñiréis el lauro .

El lauro ceñiréis que manda al héroe
Subir de Fama al luminoso carro,
Y que á través de los tupidos siglos
La envidia pisotee y se abra campo .

Será que nuestra patria el pensamiento
De redención ha de fundar en vano,
En vos, brillante juventud, armada
De la fecunda escuela con los rayos ?

Será que la experiencia no os despierte
Con sus lecciones del tálido letargo,
Que una infeliz generación enferma
En prenda de su vida os ha legado ?

Oh, nunca! ¿no es verdad? decid que nunca
Habrá presión ni corruptor halago
Que á desviaros alcancen de la recta,
Ni á hacer siquiera que cedáis un palmo.

Decid que si menguada sangre alguna
Agil no deja que se mueva el brazo,
Por ancha herida el ponzoñoso virus
Hará que salte vuestro mismo dardo.

Decid que si una herencia maldecida
Por burla del destino os ha tocado,
También, para luchar, en vuestra arteria
Late pura la sangre de mil bravos.

De la guerrera cólera la sierpe,
Decid que en vuestro pecho se ha enroscado;
Decid que ardiendo estáis en ira fiera
Y que ya Palas retumbó en el campo!

IV.

Trabajad y aprended! que nunca os rinda
La indolente pereza; que el cansancio
Que humilla á los cobardes, en la senda
Se acostumbre á temer el encontraros.

Perezca el ocio estúpido que quiebra
La rectitud del alma, y fiero estrago
En la honra haciendo, torna en despreciable
Instrumento servil al ciudadano.

Gallarda Juventud! que nada os doble;
Que indómito el carácter trepe á lo alto,
Y así al cuchillo inclinaréis la frente
Antes que á las cadenas del esclavo.

Gallarda Juventud, estáis llamada
A guiar el porvenir: destinos altos
Os guarda la fortuna: el viejo Atleta
Os deja el campo apenas explorado.

A la pelea, pues.....y no haya tregua!
Truene de indignación el grito: amparo
No halle el perverso malhechor, y rueda
Hecho pedazos el funesto bando!

Pío Víquez.

UN ANIVERSARIO.

CN la víspera del gran día de la patria, cuando de un extremo á otro de la América Central se evocan los gloriosos é históricos recuerdos de 1821, apartándose involuntariamente la vista y el pensamiento de la estrecha y encendida arena donde los partidos nicaragüenses luchan hoy, como lucharon ayer, con encarnizamiento digno de mejor causa, por conquistar el cetro de caña de este pobre cacicazgo, por absurdas rivalidades lugareñas, por mezquinos intereses de círculo y de campanario,—que, en nuestra vanidad y en nuestro orgullo, elevamos al rango de altas cuestiones políticas y sociales.

Las microscópicas Repúblicas de Centro América van á cumplir mañana cincuenta y siete años de edad

El sol del Quince de Setiembre alumbrará una vez mas el triste y desconsolador espectáculo de un pueblo que nació sano y vigoroso, que próspera naturaleza obsequiara con infinitos dones, y que hoy, enfermo de espíritu y de cuerpo, pobre é ignorante, ni siquiera puede apercibirse de la situación lastimosa en que se encuentra.

No hemos sido exactos al decir que las Repúblicas Centroamericanas van á cumplir mañana cincuenta y siete años de edad, nó; vinieron ellas al mundo algo mas tarde. Los patriotas de 1821 crearon una entidad política considerable, que desapareció varios años después entre las orgías de la guerra civil; y es seguro que nuestros padres estuvieron lejos, muy lejos, de imaginarse que, andando el tiempo, sus hijos, ciegos y desinteligenciados, llegarían á convertir en cinco ridículas é imperceptibles naciones soberanas, la antigua Capitanía general de Guatemala, que el varonil esfuerzo de los colonos insurgentes había transformado en la República de Centro América.

Va á ser mañana día de fiestas oficiales, de gallardetes é iluminaciones por bando de autoridad, de misas solemnes y Te Deum, de brándis y discursos, de discursos sobre todo.

Se hablará un poco de los horrores de la conquista, se echará una rápida ojeada sobre nuestra oscura y tranquila vida colonial, se traerá de paso á la memoria medio siglo de lágrimas y sangre, y se maldecirá en todos los tonos á España, nuestra madre.

Es una antigua costumbre que no pasa de moda. Sin embargo, ya sería tiempo de reaccionar contra la rutina, de modificar, en parte al menos, el programa de la fiesta, de olvidar un poco los vireyes, oidores y encomenderos, para pensar en nuestras propias faltas, en nuestros crímenes de ayer y en nuestra vergüenza de hoy.

No sería malo hacer un severo examen de conciencia en esta fecha memorable. Quizás el recuerdo y remordimiento de los pasados extravíos, podrán dar á los Centroamericanos inspiraciones de cordura.

Los horrores de la conquista fueron la obra del siglo XVI y la obra de nuestros progenitores. Dejemos á los indígenas de pura sangre que aun quedan en estas comarcas y cuya condición ha cambiado muy poco de trescientos años á esta parte, fulminar contra la ferocidad de los conquistadores.

Maldecir á la España y hacerla responsable de nuestras desgracias, es absurdo y es odioso. Ella nos dió lo que tenía y todo cuanto nos podía dar. Si heredamos muchos de sus defectos, si la América Latina es, como la España, indolente, pendenciera, y casi ingobernable, no está bien que la hija reproche á su madre las imperfecciones que ésta le transmitiera por ley ineludible de la naturaleza.

Antes de denostar en lengua española á la nación noble y valerosa que trajo á esta tierra la luz de la civilización, pensemos en la inmensa responsabilidad que sobre nosotros mismos pesa, por haber gastado torpemente en cincuenta y siete años de sangrientas bacanales, la preciosa herencia que nos legaran los próceres de 1821.

¿Qué cuenta daríamos hoy de la obra de nuestros padres? —¿Qué hemos hecho nosotros de la República de Centro América?

Ahí está á la vista de todos, para servir de ludibrio á los extraños y para nuestra eterna confusión y eterna ignominia, el abigarrado cuadro de cinco raquílicas nacionalidades engendro monstruoso del egoísmo y de la demencia.

No sería la América Central una gran potencia, nó; pero al menos, ocuparía en el concierto de las naciones un puesto igual al de Chile, Colombia ó Venezuela.

Políticamente, Centro América ha muerto.—Hoy puede decirse de élla lo que se decía de la Italia antes de 1859:—es una expresión geográfica.

De su cadaver han nacido las actuales republiquillas—infusorios, verdaderas nacionalidades en miniatura, que no contentas todavía con su visible pequeñez viven devorándose unas á otras, y son objeto de compasión para sus vecinos, de vergüenza para sus hijos y de curioso estudio para el entomólogo.

El aniversario de mañana es, por tanto, el aniversario de un muerto.

Las envenenadas controversias, las rivalidades lugareñas, las iras, las cóleras, las demencias deben callar en esa hora so-

lemne en que el espectro ensangrentado de la patria se presenta á nuestra vista como una reconvencción de ultra-tumba, como el fantasma de Banquo ante los ojos del asesino Macbeth.

¡Qué vamos á celebrar el Quince de Setiembre de 1878?—¿Nuestra emancipación Política de España? Pero, ¿qué hemos hecho de esa independencia?

Dirigid una mirada del Ismo de Tehuantepec al Estado de Veraguas, y mostradnos el punto luminoso que deba regocijar ó alentar el alma del patriota.

Libertad, ilustración, fuerza, crédito, tranquilidad, todo nos falta.

Comparémosnos con cualquiera de las repúblicas hispano-americanas, y haremos más patente nuestra pequeñez y nuestra miseria.

Ocupamos el último peldaño en la escala de las naciones, porque bastante fuertes para la obra inícuca de la separación, hemos sido impotentes para reconstruir el edificio que levantaron los hombres de 1821.

Queréis saber lo que vale nuestro crédito en Europa?—Id á preguntar á las bolsas de París y Londres.

La paz de Centro América es una eterna mentira; su cultura, escrita está en las columnas de nuestra prensa periódica, la última del continente; libertad. mas vale no tocar este punto; de nuestra fuerza, de nuestra respetabilidad ante el mundo os darán razón Borlandy Chatfield, Valmaseda y Magee, el Capitán Lambton Loraine y el pseudo—diplomático Von Bergen.—Cubrámonos la cara con entrambas manos si todavía nos queda en ella una sola gota de sangre!

Qué festejaremos mañana?—Una nacionalidad muerta, medio siglo de anarquía, cincuenta y siete años de dilapidaciones y escándalos, las bofetadas que hemos recibido de los poderosos, el entronizamiento del cacicazgo, el triunfo definitivo quizá ¡Dios no lo quiera! del fraccionamiento y de la insensatez.

Mas vale que sin ruidos, sin iluminaciones ni banderas penetremos en lo más íntimo de nuestra propia conciencia, recapitulemos las faltas cometidas, analicemos con severa imparcialidad las causas que nos han traído al esterecolero en que yacemos, y pidamos á la historia consejo, al patriotismo fuerza y á la cordura inspiración.

Seamos sensatos, siquiera durante doce horas consecutivas; tengamos cada año un día de reflexión y recogimiento. Pasado mañana volveremos á colgarnos el traje pintarrajado y los cascabeles de la Locura; hablaremos otra vez de sufragio, de garantías, de libertad, de derechos, de cosas que no hemos visto nunca; hablaremos sobre todo—de Nación y de Patria, de Nación que es una pobre desconocida tribu, y de Patria que no tenemos porque nosotros mismos la matamos.

ENRIQUE GUZMÁN.

(Tomado de "La Prensa" de Granada, Nicaragua, del 14 de Setiembre de 1878.)

EN EL CENTENARIO DE BOLÍVAR.⁽¹⁾

¡Dios de nuestros patrios lares!
Campos fueron tus altares
Crudas batallas tus fiestas,
Y tus sonoras orquestas
Las músicas militares.

MANUEL ADOLFO GARCÍA.

De la existencia tras el breve día
Viene la eterna noche de la tumba,
Pavorosa y sombría,
Y con ella el olvido.
Mas para el genio ¡no! siempre triunfante
Con más fragor resuena
El nombre del gran héroe esclarecido,
A medida que se halla más distante.

Poder del genio! salva las barreras
Del tiempo y del espacio;
No reconoce patria ni fronteras.
La humanidad fábricale un palacio;
El ángel de la gloria,
Aparta del olvido el triste velo;
Del héroe la memoria
Tiene una estatua eterna,
A la que dan en construcción alterna
La tierra pedestal, cúpula el cielo.

De esa estirpe sois vos, americano,
Tan grande cual ninguno entre los grandes,
¡Oh Bolívar! tu genio soberano,
Tu inspiración homérica,
Con cuán claro fulgor resplandecían
En la cumbre estupenda de los Andes!
Y era allí do te vían
Los siervos que poblaban Sud América.
En tu lugar estabas,
Y en él, tu frente altiva
Serena alzando á la región etérea,
Con una fe intuitiva
Los rayos preparabas
Contra huestes hispánicas,
En tanto que tus plantas alfombraban
Y bajo ellas pasaban
Las tormentosas nubes magallánicas.

Bien estabas allí ¡cuánta esperanza
Cifrabán sólo en vos, pobres colonos!
¡Cuánta desconfianza,
Tu nombre solamente
Les inspiraba á carcomidos tronos!
Que los que escrita traen en la frente,
Y en los secretos íntimos del alma
Una misión que el cielo les abona,
Son invencibles en la lid; la palma
Conquistan, y el laurel y la corona.

Bien estabas allí! tu pensamiento
Ya veo que se agita
Como el hirviente cráter del Vesubio,
Que á torrentes su lava precipita.
Y á esa altura también, con noble aliento,
El vuelo alzástes vos, águila osada,
En la risueña aurora de tu vida;
Nápoles vías á tus pies tendida,
Mas tu espíritu ardiente
En Colombia pensaba solamente.

Y bajas á la lid noble guerrero:
En los reversos más recursos hallas,
Y brilla cual relámpago tu acero,
Luz que todo lo humilla;
Y vencedor al fin en las batallas
Arrojas con esfuerzo soberano,
Al indómito océano
Los vencidos leones de Castilla.
¡Oh Junín, Boyacá. . . ! campos de gloria!
Si el héroe legendario
Regó con sangre vuestro fértil suelo,
Al conquistar la palma
Él llevaba en el alma
La más sublime caridad del cielo.
Que no podían pueblos trasatlánticos
Sufrir de España el ominoso yugo;
Y vencido el verdugo,
De santa libertad y de victoria
Entendieron magníficos sus cánticos.

(1) Versos leídos en un momento en el Teatro Municipal.

Eres el Dios de nuestros patrios lares,
 Que en lid aserva, en lucha sanguinosa,
 Halló en campos de guerra sus altares
 Y en batallas sus fiestas,
 Teniendo por orquestas
 Músicas militares;
 Y el ronco parche y el clarín de guerra
 Á cuyo son, valiente,
 Con voz de trueno y con mirar de rayo,
 Te lanzabas potente,
 Venciendo en toda parte
 Y asombrando á la tierra,
 ¡Hijo querido de Colombia y Marte!

¡Augusta, eterna, venerable sombra,
 Ven á inspirar tus hijos!

Con gratitud la América te nombra
 Y puestos tiene en vos, los ojos fijos.
 Desde tu cielo alienta en nuestros pechos,
 El férvido calor republicano,
 Y alumbra la conciencia al ciudadano
 Y vela por sus fueros y derechos.
 Nuevas centurias pasarán. Tu nombre,
 Tu nombre y tu memoria,
 No al olvido sujetos
 Ni á volubles azares,
 Ufanos cual nosotros de tu gloria,
 Vendrán, en tus altares,
 Á cantarlos altivos nuestros nietos.

Rafael Machado.



GRABADO DE J. A. SOTO.

COSTA RICA

ILUSTRADA



REVISTA SEMANAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.
REDACTORES.—LEONIDAS FACHICO y J. MARCELLINO FACHICO
EDITOR PROPIETARIO.—JOSE ANTONIO SOTO

LIT. J. A. ROLD. C. R.



SAN JOSÉ, 26 DE SETIEMBRE DE 1888.

SUMARIO.

Congreso Centroamericano, por la Redacción.—Discurso pronunciado por el Socio Juan Bustillo, en "El Ateneo de Guatemala".—La Duquesa Job, poesía.—A Mercedes, por C. Gagini.—Una Camisa, por Ricardo Palma.—Crónica, por Mr. Renard.—El Gran Galeoto, por Odín.—A la Libertad, por Manuel Antonio Gallegos.

Grabados.—Congreso Centroamericano.—Danza.—Colegio de San Luis. Anuncios.

CONGRESO CENTROAMERICANO.

CONGALANAMOS la primera hoja de este número de "Costa Rica Ilustrada" con los retratos de los cinco Plenipotenciarios que componen actualmente la Dieta Centroamericana. Ese grupo de tan interesante actualidad, es, á nuestro juicio, uno de los más esmerados trabajos que hemos publicado.

Simpático será para nuestros lectores, y para todos los que aprecian el patriotismo y el talento, el grupo en que se ven reunidos los retratos de los apreciables é ilustrados Ministros, señores Jiménez, Galindo, Farfán, Zelaya y Urtecho. En favor de estos caballeros se ha manifestado de una manera muy clara el aprecio general, y no podía menos de ser así, porque á sus distinguidas cualidades personales agregan la circunstancia de estar encargados de una misión gloriosa é importantísima para todo Centro América.

Cualesquiera que puedan ser las opiniones divergentes acerca de si ha llegado el momento de que unifiquen sus destinos las cinco Repúblicas de la América Central, nadie puede desconocer que ellas no se hallan constituidas de una manera definitiva. Vínculos tan fuertes como los del común origen, identidad histórica y posición geográfica, harán que comprendiendo sus verdaderos intereses, Guatemala, el Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, dejen de ser pequeñas Repúblicas y se conviertan en respetable Nación.

¿Ha llegado el momento en que pueda verificarse esa gloriosa evolución centroamericana? No podremos afirmarlo, pero sí decimos que las naciones, como todo lo creado, están sometidas á leyes biológicas que son ineludibles; y cuando suena la hora, en el reloj de la Providencia, de que esas leyes se cumplan, poco importan los afectos y los desafectos; los destinos históricos se realizan y nadie puede oponerse á ellos.

Mientras tanto, los cinco Ministros Centroamericanos, reunidos hoy en esta capital, y á quienes don José Antonio Soto consagra el homenaje artístico que motiva estas líneas, tienen nombres que pertenecen ya á una página de la historia de Centro América, y con el expresado motivo nos complacemos en enviarles un nuevo y respetuoso saludo.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SOCIO JUAN BUSTILLO

EN "EL ATENEO DE GUATEMALA."

Señores:

ACONTECIMIENTOS dignos de una festividad como ésta, se han celebrado aquí con todas las galas del pensamiento, con todos los tonos de la elocuencia; y el delirio del entusiasmo lo he mirado crecer hasta lo sublime, cada vez que se trata de celebrar una gran idea, de rendir tributo de admiración y aprecio á un grande hombre, á los celosos de nuestra literatura

como los Diéguez é Irisarri, Goyena y Córdoba. ¡Urnas sagradas que guardaron el sentimiento de lo bello, el amor á las letras en medio de las borrascas políticas, en medio de la miseria y de la más criminal indiferencia! Mucho me enorgullezco, señores, de ese movimiento generoso en los corazones, de ese entusiasmo que como fiebre del alma transparentáis en la mirada, en el semblante, en el gesto, cuando como ahora, venís á celebrar fechas de eterna recordación.

Os acordasteis del 14 de julio en Francia, del 4 de julio en los EE. UU., de la abolición absoluta de la esclavitud en el Brasil, y digisteis: á la Francia nos une la Revolución, y á la América nos une el alma, porque en nuestra patria, la madre cariñosa que llora nuestros infortunios, que ha padecido el tormento de nuestras pasiones, y que yo, señores, en mis sueños por la democracia la contemplo como una diosa, desgraciada ayer, hoy coronada con las coronas de la libertad, sonriente, y ¡oh poder de la imaginación! me parece se levanta entusiasmada de su lecho colosal á besar á sus hijos con el beso aquel de Napoleón en sus águilas, delirante, inmenso, resonando en la posteridad, como decía en el instante que el genio dejaba de ser hermano para convertirse en algo superior á la naturaleza y al hombre. Y á todos esos acontecimientos habéis dedicado una velada en que una prodigiosa elocuencia los presentaba á la contemplación de numeroso auditorio, magníficos, grandiosos hasta donde puede llegar la grandeza del pensamiento.

No vengo, señores, á hacer reminiscencias de aquellos sucesos: vengo ahora recordándolos para excitar más vuestro entusiasmo por los que allá en los confines de Centro América nos dicen: nosotros somos vuestros hermanos: por nuestras venas corre la misma sangre: unas son nuestras aspiraciones y uno será nuestro fin. Todo esto encierra, fijándose bien, el Decreto de Costa Rica que venís á celebrar esta noche.

¡Ah, señores! Triste, muy triste es contemplar en derredor el exterminio, el desaliento y al sol, como los pálidos destellos de una lámpara alumbrando las víctimas en una escena de sangre. Por allá se escucha el quejido lastimero de un cuerpo que todavía lo agita el soplo de la vida, retorciéndose en el estertor de la agonía y en lucha débil ya, pero horrorosa, con ese fantasma siniestro que se llama la muerte: por acá la palabra blasfema que lanza el soldado en presencia de un cadáver querido, tal vez de un hermano, tal vez de un padre!: aquí lágrimas silenciosas y profundamente amargas del amigo que se aleja dejando envuelto en sangre y moribundo al amigo de su juventud! y más allá un cielo ceniciento y triste, un horizonte oscuro y una atmósfera cargada de los penetrantes vapores que despide la sangre, el humo, los restos en fin de un combate. Todo esto, señores, resultado muchas veces de odios sin causa, de guerras sin motivo racional, de instintos feroces, de pasiones desencadenadas como desolador huracán que arrastra en momentos dados á la humanidad á cumplir el fatídico axioma del filósofo antiguo: "el hombre es el lobo del hombre." Tristes, tristísimos señores, son los resultados de un hecho semejante: algo como si se escapara el genio del mal, algo como si abriese su caja fatal la diosa Pandora, algo así como que si la atmósfera, el viento que respiramos, la luz que nos alumbrá, los elementos, la naturaleza toda en fin, respira esa tristeza infinita, ese dolor insondable, ese estado torvo y sombrío que solamente pueden inspirar al corazón humano los espíritus de la noche, los genios del mal, los eternos enemigos de la humanidad... ¡Ah! ¿cuándo concluirá esa lucha del hombre contra el hombre, del hermano contra el hermano, del hijo contra su padre? ¿Cuándo se extinguirá ese afán de muerte que guía el puñal de nuestros más íntimos, de nuestros más queridos compañeros? Yo comprendo las razones que asistían á la Grecia para presentarse en Maratón y en Salamina, en Micala y Platea; comprendo á Roma en los campos catalánicos, á España en Zaragoza y Numancia, en Talavera y Gibraltar; de Francia ese 14 de julio que habéis vosotros celebrado; comprendo el 4 de julio en los EE. UU. hasta el suicidio de Ricarte en San Mateo porque

todo esto ha sido en defensa de la patria, lo único porque el hombre con justísimos motivos puede derramar hasta la última gota de sangre en un campo de batalla. ¡Que los pueblos muchas veces necesitan un baño de sangre para respetar los derechos de la humanidad! Pero cuando la Grecia se presenta en el Gránico en Iso, y Roma en Orcomeno, en Farsalia y Munda; cuando la Francia personificada en Bonaparte se le mira en Austerlitz y en Jena, en las Pirámides ó en Monmiralt, ah señores, no encuentro una causa racional, sino el instinto bárbaro de la conquista, la ambición de un hombre arrastrando pueblos para hacer devorar á otros pueblos en la desesperación de una pelea, el orgullo miserable que protegido por las sombras del crimen, atropella la justicia y el derecho. Todavía me parece más horroroso, más execrable, más fatídico el espectáculo que presentan pueblos hermanos que tienen las mismas costumbres, la misma religión, las mismas aspiraciones, los mismos sueños y un fin igual por ley del destino, cuando estos pueblos se desgarran, se insultan, se atropellan en sus derechos como si no se atropellaran ellos mismos, no desgarraran sus mismos cuerpos, no vertieran su propia sangre. Un teatro semejante ha presentado Centro América de muchos años atrás. Dividida en cinco Repúblicas, jamás podrá alcanzar su verdadero desarrollo, porque así, siempre sería pequeña y miserable. Como el huracán que devasta los campos arrancando de raíz árboles que los años habían respetado, así pasaron sobre ellas las guerras civiles. Pocos, muy pocos han sido los hijos de este pueblo tan fértil, con un cielo tan hermoso, con ríos que semejan al caer en pequeñas cascadas, anchas cintas de plata, ríos que arrastran en sus aguas arenas de oro: con lagos donde se retratan los abismos, lagos tan pintorescos como el Lucerna de Suiza, con bosques vírgenes donde no ha penetrado todavía la planta del hombre, pocos, decía, los que inspirados en el sentimiento de la grandeza y dignidad de la patria, han luchado por unificarla, por hacerla feliz y respetada ante las otras naciones del mundo. Pero ellos han sucumbido, unos en el patíbulo, otros en los campos del honor, pocos en la tranquilidad del hogar. Como mártires apuraron toda la copa del sufrimiento, el veneno de la desesperación; como mártires perdonaron á sus enemigos que eran sus hermanos y como mártires legaron á la juventud la idea más grandiosa que formará la página más resplandeciente de los anales de nuestra historia: la Nacionalidad! Recogieron desengaños en su penosa existencia, y quién sabe ¡cuántas lágrimas devorarían al contemplar sus ideales desvanecidos! Locos sublimes que como Heine dirían al alejarse de su tierra:

Sangre brotan mis ojos escaldados,
Sangre también mi corazón herido;
Con sangre escribiré los prolongados
Tormentos que he sufrido.

La juventud de ahora sigue el camino que ellos á penosas fatigas emprendieron; y con ahinco, con desinterés, sabrá luchar por la reconstrucción de la patria, que es el ideal más hermoso, la aspiración más noble que pueda sentir.

He aquí explicada la animación y la alegría con que el Ateneo ha acogido el Decreto de Costa Rica de que hace poco se felicitó el Gobierno y que sin duda formará un timbre de gloria para aquel digno Mandatario. Quiere él como Morazán, como Cabañas, y los dos Barrios, como Jerez deseaba hacer de Centro América una sola Nación, borrar de hoy para siempre rivalidades y aversiones injustas: que desde Colombia hasta México haya corazones que palpiten por una misma causa, por idénticos intereses. ¡Oh, qué noble aspiración del hombre honrado! ¡Qué triste presagio para el criminal!

Costa Rica no es ya el compañero indiferente, es el hermano cariñoso que desea abrazarnos con el abrazo del infortunio.

Yo, señores, que muy poco valgo, pero que tengo la honra de pertenecer á este Centro, no he podido menos que ensal-

zar ese Decreto, que es como la puerta por donde Centro América acudirá ansiosa á mirar su porvenir.

Ojalá que no se frustren las esperanzas que nos llenan de patriótico entusiasmo: ojalá que nosotros podamos disfrutar mañana el placer que otros no disfrutaron: el de poder un día cuando se celebre la fecha memorable del "15 de setiembre" decir con esa alegría infinita que brinda la libertad: tenemos patria; el esfuerzo de las generaciones, el sueño de nuestros padres se ha convertido en una realidad, porque todo desde el Istmo de Tehuantepec hasta el escudo de Veraguas es un solo pueblo, una sola Nación.

Entonces las sombras de nuestros mayores que lucharon por la Unidad, se levantarán de sus sepulcros á bendecir nuestros últimos esfuerzos; y los demás pueblos de la tierra entonarán con nosotros un himno á la Libertad; y la historia grabará con letras de fuego los nombres de todos los que se sacrificaron por la unión y el engrandecimiento de la Patria Centro-Americana.

HE DICHO.

Guatemala, 16 de agosto de 1888.

LA DUQUESA JOB.

A Manuel Puga y Agal.

EN dulce charla de sobremesa,
Mientras devoro fresa tras fresa
Y abajo ronca tu perro Bob,
Te haré el retrato de la duquesa
Que adora á veces el duque Job.

No es la condesa que Villasana
Caricatura, ni la poblana
De enagua roja, que Prieto amó;
No es la criadita de pies nudosos,
Ni la que sueña con los gomosos
Y con los gallos de Micoló.

Mi duquesita, la que me adora,
No tiene humos de gran señora:
Es la griseta de Paul de Kock.
No baila *Boston*, y desconoce
De las carreras el alto goce
Y los placeres del *five o'clock*.

Pero ni el sueño de algún poeta
Ni los querubas que vió Jacob,
Fueron tan bellos cual la coqueta
De ojitos verdes, rubia griseta
Que adora á veces el duque Job.

Si pisa alfombras, no es en su casa;
Si por Plateros alegre pasa
Y la saluda Madam Marnat,
No es, sin disputa, porque la vista;
Sí porque á casa de otra modista
Desde temprano rápida va.

No tiene albas mi duquesita,
Pero es tan guapa, y es tan bonita,
Y tiene un cuerpo tan *v'lun*, tan *pschutt*,
De tal manera trasciende á Francia
Que no la igualan en elegancia
Ni las clientes de Helène Kossut.

Desde las puertas de la Sorpresa
Hasta la esquina del Jockey Club,
No hay española, yankee ó francesa,
Ni más bonita ni más traviesa
Que la duquesa del duque Job.

¡Cómo resuena su taconeo
En las baldosas! ¡Con qué meneo
Luce su talle de tentación!
¡Con qué airecito de aristocracia
Mira á los hombres, y con qué gracia
Frunce los labios—¡Mimi Pinsón!

Si alguien la alcanza, si la requiebra,
Ella, ligera como una zebra,
Sigue camino del almacén:
Pero ¡ay del tuno si alarga el brazo!
Nadie le salva del sombrillazo
Que le descarga sobre la sien!

¡No hay en el mundo mujer más linda!
Pie de andaluza, boca de guinda,
Esprit rociado de Veuve Clicquot;
Talle de avispa, cutis de ala,
Ojos traviesos de colegiala
Como los ojos de Louise Theo!

Ágil, nerviosa, blanca, delgada,
Media de seda bien restirada,
Gola de encaje, corsé de ¡crac!
Nariz pequeña, garbosa, cuca,
Y palpitantes sobre la nuca
Rizos tan rubios como el cognac.

Sus ojos verdes bailan el tango;
Nada hay más bello que el arremango
Provocativo de su nariz!
Por ser tan joven y tan bonita,
Cual mi sedosa, blanca gatita,
Diera sus pajes la emperatriz!

¡Ah! tú no has visto cuando se peina,
Sobre sus hombros de rosa reina
Caer los rizos en profusión!
Tú no has oído qué alegre canta,
Mientras sus brazos y su garganta
De fresca espuma cubre el jabón!

¡Y los domingos...! ¡Con qué alegría
Oye en su lecho bullir el día
Y hasta las nueve quieta se está!
¡Cual se acurruca, la perezosa,
Bajo la colcha color de rosa,
Mientras á misa la criada va!

La breve cofia de blanco encaje
Cubre sus rizos; el limpio traje
Aguarda encima del canapé;
Altas, lustrosas y pequeñitas,
Sus puntas muestran las dos botitas,
Abandonadas del catre al pie.

Después, ligera, del lecho brinca,
¡Oh, quién la viera cuando se hinca
Blanca y esbelta sobre el colchón!
¡Qué valen junto de tanta gracia
Las niñas ricas, la aristocracia,
Ni mis amigas de cotillón!

Toco; se viste; me abre; almorzamos;
Con apetito los dos tomamos
Un vino y un bien beefsteck,

Media botella de rico vino,
Y un coche juntos, vamos camino
Del pintoresco Chapultepec.

Desde las puertas de la Sorpresa
Hasta la esquina del Jockey Club,
No hay española, yankee ó francesa,
Ni más bonita, ni más traviesa
Que la duquesa del duque Job!

A MERCEDES.

CUANDO el sol con oro y grana
El Oriente tornasola,
abre la flor su corola
al beso de la mañana:
y cuando entonces ufana
muestra al mundo los primores
de sus divinos colores
está tan fresca y tan bella,
que parece que hay en ella
un casto nido de amores.

¡Quién, ay! entonces diría
que esos pétalos de nieve
han de marchitarse en breve
con el bochorno del día!
¡Quién entonces pensaría
que á la tarde la flor pura,
trocada ya su hermosura
en amarillo despojo,
irá del viento al antojo
rodando por la llanura!

Un día mi corazón,
como las flores del prado,
entreabrióse acariciado
por la más grata ilusión:
era una ardiente pasión
que comenzaba á nacer,
era ese extraño placer
que se apodera del alma
cuando nos roban la calma
los ojos de una mujer.

Amé á un ángel que en su vuelo
cruzó el espacio profundo
para lucir en el mundo
las galas todas del cielo.
Cuanto soñaba mi anhelo
de hermosura y de candor,
en su rostro seductor
y puro se trasparenta
como el aroma que alienta
al desplegarse la flor.

¡Qué risueña es la primera
pasión que endulza la vida,
cuando en el alma se anida
la esperanza lisonjera!
Mas ¡cómo el pecho lacera
ver ese mágico edén
desvanecerse, mi bien,
como las ondas del río,
en el muro áspero y frío
del más ingrato desdén!

¿Porqué ¡oh Dios! la realidad
deshizo con ruda mano
mi ilusión, fantasma vano
de inmensa felicidad?
¿Porqué siempre tu frialdad
opone inflexible valla
á mi amor, y cuando calla
el labio, al ver tu despego,
se acrecienta más el fuego
que dentro el pecho batalla?

Aun hoy mismo no podría
decirte cuánto te amé:
¡y cómo hacerlo si sé
que te adoro todavía!
¡Y yo, ciego, no veía
lo insensato de mi empeño,
y en mi delirio ya dueño
de tu amor me contemplaba
sin advertir que fundaba
tanta ventura en un sueño!

Hoy que el alma entristecida
ha vuelto de su delirio,
es cada encuentro un martirio,
cada recuerdo una herida:
en vano me grita ¡olvida!
la razón, porque agobiado
por la pena, he comprendido
que no conoce el olvido
quien una vez te ha adorado.

C. Gagini

UNA CAMISA.

TRADICIÓN.



PROBABLE es que algunos de mis lectores hayan oído decir á las viejas de Lima, cuando quieren ponderar lo subido de precio de un artículo.

—¡Qué! Si esto es más caro que la camisa de Margarita Pareja.

Habríame quedado con curiosidad de saber quién fué esa Margarita cuya camisa anda en lenguas, si en las Américas de Madrid no hubiese tropezado con un artículo firmado por don Idefonso Antonio Bermejo (autor de un notable libro sobre Paraguay) quien, aunque muy á la ligera, habla de la niña y su camisa, me puso en vía de desenredar el ovillo, alcanzando sacar en limpio la historia que van ustedes á leer.

I.

Margarita Pareja era (por los años de 1765) la hija más mimada de don Raimundo Pareja, caballero de Santiago y Colector general del Callao.

La muchacha era una de las limeñitas que por su belleza cautivan al mismo diablo y lo hacen persignarse y tirar piedras.

Llegó entonces de España un arrogante mancebo, hijo de la coronada villa del Oso y del Madroño, llamado don Luis Alcázar; tenía éste en Lima un tío solterón y acaudalado, aragonés rancio y linajudo, y que gastaba más orgullo que los hijos del Rey Fruela. Por supuesto que mientras le llegaba la ocasión de heredar al tío, vivía nuestro don Luis tan pelado como

una rata y pasando la pena negra. Con decir que hasta sus trapicheos eran al fiado, y para pagar cuando mejorase de fortuna, creo que dije lo preciso.

En la procesión de Santa Rosa conoció Alcázar la linda Margarita. La muchacha le llenó el ojo y le flecheó el corazón. Le echó flores y aunque ella no le contestó ni sí ni nó, dió á entender con sonrisita y demás armas del arte femenino, que el galán era plato muy de gusto. La verdad, como si me estuviera confesando, es que se enamoraron hasta la raíz del pelo.

Como los amantes olvidan que existe la aritmética, creyó don Luis que para logro de sus amores, no sería obstáculo su presente pobreza, y fuese al padre de Margarita y, sin muchos perfiles le pidió rotundamente la mano de su hija.

A don Raimundo no le cayó en gracia la petición y cortésmente despidió al postulante, diciéndole que Margarita era muy niña para tomar marido; pues á pesar de sus diez y ocho mayos todavía jugaba á las muñecas.

Pero no era esa la verdadera madre del teruero. La negativa nacía de que don Raimundo no quería ser suegro de un pobretón; y así hubo de decirlo en confianza á sus amigos, uno de los que fueron con el chisme á don Honorato, que así se llamaba el tío aragonés. Éste que era más altivo que el Cid, trinó de rabia y dijo:

—¡Como se entiende! ¡Desairar á mi sobrino! Muchos se darían de cantos en el pecho por emparentar con el muchacho, que no lo hay más gallardo en todo Lima. ¡Habrás visto insolencia de la laya! Pero ¡á dónde ha de ir conmigo ese colectorcillo de mala suerte.

Margarita, que se anticipaba á su siglo, pues era nerviosa como una damisela de hoy, gimoteó y se arrancó el pelo, y tuvo pataleta, y si no amenazó con envenenarse fué porque todavía no se habían inventado los fósforos.

Margarita perdía colores y carnes, se desmejoraba á vista de ojos, hablaba de meterse monja y no hacía nada en concreto.

—¡O de Luis, ó de Dios! gritaba cada vez que los nervios se sublevaban, lo que acontecía una hora sí y otra también. Alarmóse el caballero santiagués, llamó físicos y curanderos y todos declararon que la niña tiraba á tísica, y que la única medicina salvadora no se vendía en la botica.

O casarla con el varón de su gusto ó encerrarla en el cajón con palma y corona. Tal fué el *ultimátum* médico.

Don Raimundo (¡al fin padre!) olvidándose de coger capa y bastón, se encaminó como loco en casa de don Honorato y le dijo:

Vengo á que consienta usted en que mañana mismo se case su sobrino con Margarita; porque si nó la muchacha se nos va por la posta.

No puede ser, contestó con desabrimiento el tío. Mi sobrino es un pobretón, y lo que Ud. debe buscar para su hija es un hombre que varée la plata.

El diálogo fué borrascoso. Mientras más rogaba don Raimundo, más se subía el aragonés á la parra y aquel ya iba á retirarse desahuciado, cuando Luis terciando la cuestión, dijo:

—Pero, tío, no es de cristiano que matememos á quien no tiene la culpa.

—¿Tú te das por satisfecho?

—De todo corazón, tío.

—Pues bien, muchacho, consiento en darte gusto; pero con una condición, y este don Raimundo me ha de jurar ante la hostia consagrada que no regalará un ochavo á su hija ni la dejará un real en la herencia.

Aquí se entabló nuevo y más agitado litigio.

Pero, hombre, arguyó don Raimundo, mi hija tiene veinte mil duros de dote.

Renunciemos á la dote. La niña vendrá á casa de su marido con lo encapillado.

—Concédame usted obsequiarla con los muebles y el ajuar de novia.

DANZA.

By J. GODOY.

The musical score is written for piano and consists of five systems of music. Each system contains a grand staff with a treble clef on the upper staff and a bass clef on the lower staff. The time signature is 2/4. The first system includes a fermata over the first measure of the treble staff. The second system features first and second endings, indicated by '1.' and '2.' above the measures. The third, fourth, and fifth systems continue the piece with various rhythmic patterns and chordal textures. The score concludes with a double bar line at the end of the fifth system.

—Ni un alfiler. Si esto no le acomoda, dejarlo y que se muera la chica.

—Sea U. razonable, don Honorato. Mi hija necesita traer siquiera una camisa, para reemplazar la nueva.

—Bien, paso por esa funda para que no me acuse de obstinado. Consiento en que le regale usted la camisa, y san se acabó.

—Al día siguiente don Raimundo y don Honorato se dirigieron muy de mañana á San Francisco, arrodillándose para oír misa, y según lo pactado en el momento en que el sacerdote elevaba la hostia divina, dijo el padre de Margarita:

—Juro no dar á mi hija más que la camisa de novia. Así Dios me condene si perjurose.

Y don Raimundo Pareja cumplió *ad pèdem littere* su juramento; porque ni en vida ni en muerte dió después á su hija cosa que valiese un maravedí.

Los encajes de Flandes que adornaban la camisa de la novia costaron dos mil setecientos duros, según lo afirma Bermejo; que parece copió este dato de las relaciones secretas de Ulloa y Jorge Juan.

Item, el cordoncito que ajustaba el cuello era una cadeneta de brillantes, valorizada en treinta mil morlacos.

Los recién casados hicieron creer al tío aragonés que á lo sumo valdría una onza; porque don Honorato era tan testarudo que, á saber lo cierto, habría forzado á su sobrino á divorciarse ó á dejarlo *in albis* con la herencia.

Convengamos en que fué muy merecida la fama que alcanzó la camisa nupcial de Margarita Pareja.

RICARDO PALMA.

CRONICA.

La verdad es que para hablar de otra cosa que de Congreso Centroamericano y de sus consecuencias mejor es estar-me callado. Hoy es la gran novedad, la orden del día, el alimento de los corrillos de esquina, de la tertulia "Valenzuela", de los diálogos de las muchachas y de los comentarios de todos.

Yo que soy un buen Vicente, haré lo que todo el mundo; una obertura sobre *motivos* del Congreso.

* * *

El 15 de setiembre (y vaya con la noticia) se instaló el Congreso: quedó electo Presidente el Licenciado don Ricardo Jiménez y Secretario el Doctor don Francisco E. Galindo. El 16 principiaron los señores Ministros sus trabajos, y hélos ahí tratando de hacer una y buena: si se salen con su tema de allanar obstáculos para conseguir la unificación de las cinco Repúblicas habrán logrado verdadero fruto de sus trabajos y el lauro que les dará la patria centroamericana que hoy, en incompleta vida, yace hecha pedazos.

* * *

¡Dios me ayude! Allá voy con la revista de baile. El apuro es de marca mayor porque esto de hacer crónicas de esta especie, después que Odín escribió la suya inimitable, es correr á paso seguro y á ciencia cierta á un fracaso. Pero, no hay remedio. Aunque sea por el sistema homeopático he de decir algo, y sobre todo que para contar quién fué la reina del baile, no se necesita hablar mucho ni pensar largo tiempo.

Nunca la sociedad josefina ha brillado de más lujosa manera que en el baile del 15. Nunca nuestros elegantes han concurrido en mayor número ni en más correcto traje, como

jamás las costarricenses, han luchado con más crueles armas por el codiciado trono de la belleza.

Yo no he de repetir en esta revista lo que ya han dicho los diarios en muchos tonos y con abundancia de detalles. Que el baile fué espléndido, que el salón estuvo adornado con exquisito gusto, que se cenó, que se bebió, que se hizo todo cuanto se pudo por obsequiar dignamente al distinguido personal de las Legaciones Centroamericanas.

Yo me concretaré á ser el eco de la opinión pública y á adjudicar la corona real á la que la *vox populi* declaró como la estrella de primera magnitud, como la reina de la belleza.

Al principio de la noche estuvieron divididos los pareceres. Quien decía: ésta es la reina, y señalaba una muchacha alta, desdeñosa, elegantísima, de largas trenzas y ojos admirables. Otro exclamaba: no es ésa, que no hay reina donde está esta rubia adorable. El de más allá clamaba porque se conviniera en que la pollita de ojos traviosos y pies microscópicos era la mejor, y el que estaba á su lado protestaba diciendo que las formas escultóricas, los dientes de marfil y el regio corte de aquélla, eclipsaban á cualquiera otra belleza.

Ya como á media noche la opinión se iba uniformando: las candidaturas iban perdiendo prestigio y todos, hasta los más pertinaces, convenían en una misma y abandonaban sus primeras ideas.

No podía ser de otra suerte. La inimitable expresión de los ojos: el aterciopelado cutis: el brazo admirablemente torneado, el divinal tinte de aquella fisonomía se imponían con sin igual fuerza y todos por fin conveníamos en que ella y no otra era la reina. Y quién era ella? Pues era..... pero no: no he de ofender yo su modestia: no diré su nombre porque sé que se ruborizaría de ser tan bella; no lo diré porque ese nombre está en la conciencia de todos.

EL GRAN GALEOTO.

EN una revista que escribí hace muchos días, me lamentaba del poco interés que ofrecían las obras puestas en escena por la Compañía Dramática que en aquel entonces actuaba en el teatro de esta capital. El público se aburría de un modo increíble, y el semblante de los espectadores parecía decir: "Pagamos nuestro dinero por escuchar estas cosas que no nos interesan poco ni mucho; nos parece que en conciencia no se nos debe exigir que ocultemos nuestro fastidio."

¿Porqué se fastidia el público, preguntaba yo afañosamente, y esa pregunta me abismaba en serias reflexiones y me ponía la pluma en la mano.

Investigando la causa de por qué los espectadores no se divertían, creí encontrarla en que el teatro no decía á sus tertulios cosas que les pudieran interesar, y que, por lo tanto, era lo más natural que el fastidio se señorease de aquellos cerebros que no hallaban objeto á su actividad. Me quejé entonces del frío que en el teatro se sentía.

No parece sino que la Providencia, escuchando aquellas amargas quejas, se apresuró á venir en mi auxilio con más eficacia tal vez de lo que hubiera deseado. La temperatura de nuestro teatro se elevó en la noche del lunes desde "cero grados" hasta "setenta Reaumur". Estaba á punto de hervir el agua. La Compañía de los señores Luque y Alba quería que el público la tratara cortésmente y la escuchara con atención, y para ello se disponía á hablarle de los negocios que preocupan á la sociedad contemporánea, de la vida y milagros de ésta, que naturalmente, es lo que más debe cautivarlos. Ante todo, pues, nuestra felicitación al director de escena por haber acertado con el camino que ha de seguir.

El *Gran Galeoto* fué la obra puesta en escena. La crítica seria ha dicho que en los dramas del señor Echegaray, un viento, atracado de embustes, corre desatando los cabos, invirtiendo los términos, lacerando la urdimbre y arrojando las escenas muy lejos unas de otras, de tal modo que sus personajes quedan gesticulando en la soledad, y el público no ve la razón de sus desconcertados ademanes. Así es, en efecto. Recuerdo á este propósito que un distinguido literato costarricense ha dicho de la obra *En el puño de la espada*, que era un drama-mujer, esto es, falso desde la cabeza á los pies. Ciertamente, la inverosimilitud es el defecto más capital de todo el teatro de Echegaray. Cuando presenta en escena los hombres que le rodean, lo hace con gran vigor, con brillante colorido; pero al mismo tiempo, no es posible negarlo, con alguna violencia y falsedad.

El *Gran Galeoto* es, á mi entender, uno de los dramas más acabados y perfectos que el gran poeta haya escrito. Tal vez haya en otros mayor inspiración y grandeza. Acaso nada hay en *El Gran Galeoto* que pueda compararse al epílogo de *La Última noche* ó al acto tercero de *En el seno de la muerte*. Pero considerada en conjunto, aquella producción del señor Echegaray ofrece más unidad en la acción, un desenvolvimiento más regular y ordenado, y más lógica en los caracteres que todas las demás. El pensamiento que le sirve de tema es verdadero y profundo; el hecho de llevarlo á las tablas es un rasgo de audacia que seduce y del que sólo son capaces los espíritus grandes y seguros de su poder.

Cómo nace, crece y se agiganta la pasión de Ernesto y Teodora es asunto que está escrito por mano maestra, y que el espectador adivina sin que el poeta acuda para el logro de tal resultado á monólogos inverosímiles ni á otro resorte alguno ya gastado. Las escenas esas en que el gran dramaturgo penetra hasta el fondo del alma de aquéllos dos seres tan "inocentemente culpables", son aroma embriagador que llega hasta el corazón. Y cuando don Severo quiere arrojar de la casa á Teodora, que se encuentra desmayada, Ernesto sale á su defensa con las palabras más enérgicas, con el acento más vibrante que hayamos escuchado quizá nunca en la escena. "El mundo se empeña en que sea mi querida, dice Ernesto, pues bien, ¡lo será! El destino se obstina en echarla en mis brazos; yo la recojo". Y en efecto, la levanta del suelo y sale con ella de la escena. Conclusión audaz, inaudita, pero grande y hermosa, y que, aun más que severa lección, es un terrible latigazo infligido sobre la mejilla social, ó para hablar con más propiedad, de los murmuradores, de esa muchedumbre inmensa de personas que dejan

en menos de dos minutos
las damas hechas pedazos,
las honras hechas añicos.

Por lo que hace á la ejecución de la obra, debemos confesar con franqueza que no resultó pálida en conjunto. El señor Carbonell representó el carácter de don Julián con bastante acierto. Lástima grande que no tuviera en cuenta la edad del personaje á quien Echegaray diera vida. Es mayor que Ernesto y en la escena parecía todo lo contrario. Luque puso de su parte cuanto pudo para colocarse á la altura del personaje que representaba. La señora de Luque, que sostiene lucha empeñada con su voz, estuvo admirable casi siempre, sobre todo cuando, de rodillas ante su marido, dejaba oír sollozos que eran como el centelleo de mil encontradas emociones. Y por fin, el señor López mostró magníficas condiciones artísticas para el género cómico.

ODÍN.

A LA LIBERTAD.

POESÍA DEDICADA POR SU AUTOR Á LAS
LEGACIONES CENTROAMERICANAS.

¡Ven de Tirteo lira, y armoniosa
Tus notas lanza al viento,
Resonando al impulso de mi mano
Triunfales himnos tus doradas cuerdas
Mi voz acompañando,
Que al son de libertad irá cantando!

¡Oh, ven, inspiración! . . . enciende en mi alma
Divino sentimiento!
¡Genial destreza, agitación sublime!
Arrebatad mí corazón ardiente
Y dadme como al Dante
Ideal hermoso y concepción gigante!

¡Libertad! ¡Libertad! Mágico nombre,
Música dulce y suave,
Que tratan de imitar los ruseñores;
Que en el aire pronuncian sin quererlo
Las alas de paloma
Al traspasar de un vuelo la alta loma.

Deidad encantadora, te contemplo
Inmortal y ardiente,
Circundada tu ingénita belleza
De irresistible luz fascinadora;
Cual reina entre querubes
Sentada en un dosel de blancas nubes.

¿Qué corazón al verte no palpita
En tu luz extasiado?
No se encuentran más nítidos reflejos
En el trono argentado de la luna,
Ni el más bello celaje
Puede eclipsar tu espléndido ropaje.

¡Libertad! En tu trono cuán hermosa
La niñez te contempla:
En verte se deleita y se enamora,
Dibújase en sus labios la sonrisa:
Absorta en tu belleza
Levanta al cielo libre la cabeza.

La ardiente juventud en sacra llama
Encienden tus pendones,
Que de su patria son gloriosa enseña:
Con la mano en el puño de la espada
Y el alma enardecida
Daría, Libertad, por tí la vida.

La cansada vejez, ya sin aliento
Y á la tumba cercana,
Tan sólo al escuchar tu nombre excelso
Hervir la sangre siente entre sus venas;
Para tí vivir quiere,
Sin tus halagos . . . ¡ay! morir prefiere.

Oh sol de libertad: tu augusto carro
Recorre la ancha tierra.

¡Á cuántos les costó muerte temprana
Defender su derecho y patrio suelo!
Tú vistes sus despojos
Y la postrer mirada de sus ojos.

Eres tú quien despiertas en el alma
 Heroico sentimiento:
 Tú quien das en los campos de batalla
 Valor al corazón, pujanza al brazo
 Del heroe que riente
 Te saluda al morir como un valiente!

Tú eres la esperanza del que triste
 Con bárbara cadena
 Entre el oscuro calabozo gime:
 Le das valor, resignación, consuelo;
 Visítasle en sus sueños
 De su vida halagando los ensueños.

Eres tú la riqueza, el gran tesoro
 Del que libre transita
 En el jardín de la vida entre las flores:
 Tal vez sin conocerte y sin amarte
 En insensato olvido.
 Pues no se estima el bien sino perdido.

Unica luz, consoladora amiga
 Tú eres del proscrito.
 ¡Oh libertad! al sólo oír tu nombre
 Recuerda con amor su cara patria,
 Conmuévase, delira,
 Levanta el pecho y con afán suspira.

Solaz de que disfruta aun el mendigo
 Que libre por doquiera

Vaga implorando el pan de cada día:
 Siempre fiel, compañera inseparable
 Mientras llega la muerte. . . .
 ¡Único bien que dióle impía suerte!

"Libertad, libertad"! Tu nombre invocan
 Augusto, sacrosanto,
 Tal vez los que tiranos en el mundo
 Oprimen á los pueblos desvalidos:
 ¡Ay! de tí blasfemando
 Y á tantos pechos míseros burlando.

Mas yo te invoco con serena frente,
 Libertad soberana:
 Ampara de mi patria con tu escudo
 La gloriosa bandera, que allá en Rivas,
 Castillo y Santa Rosa
 Vióse ondear flameante y victoriosa.

Libertad bienhechora, oye mi canto,
 Protéjeme en la vida:
 ¡Ah! jamás á mis ojos se oscurezca
 Tu luz encantadora, irresistible;
 Y goce siempre en calma,
 Fruto de libertad! la paz del alma.

San José, 15 de setiembre de 1888.

MANUEL ANTONIO GALLEGOS.



COLEGIO DE SAN LUIS GONZAGA EN CARTAGO.